

Para muestra, un botón: Miguel Tacón Rosiques (1834–1838), una clave para comprender la historia de Cuba en siglo XIX

Exemplifying through illustration: Miguel Tacón Rosiques (1834-1838), a key to understanding 19th century Cuban history

Un exemple en guise d'illustration: Miguel Tacón Rosiques (1834-1838), une clé pour comprendre l'histoire de Cuba au 19e siècle

Manuel Maza Miquel, S.J.*

Resumen

Miguel Tacón Rosique ha sido calificado como el gobernador español más capaz de Cuba. Apoyándose en Pérez de la Riva, el autor plantea algunas hipótesis sobre los factores permanentes y coyunturales que configuraron la sociedad cubana anterior a las guerras independentistas. Contra Tacón pelearon cubanos como José Antonio Saco y la esclavista élite cubana, española y azucarera, fautora del primer ferrocarril español, encabezada por el conde de Villanueva. El artículo muestra cómo Tacón manejó exitosamente las presiones inglesas contra la trata y el conato de alzamiento del gobernador de Santiago. No obstante, la remoción de este constructor, regulador de la seguridad habanera, de su tiempo y de su espacio, es comprensible cuando se toma en cuenta que su único apoyo era España.

Palabras clave: trata, esclavitud, construcciones en La Habana, ferrocarril, facultades omnímodas.

Abstract

Miguel Tacón Rosique has been qualified as the most capable Spanish governor of Cuba. Based on Pérez de la Riva, the author raises some hypotheses about the permanent and cyclical factors that shaped the Cuban society prior to the independence wars. Against Tacón, fought Cubans like José Antonio Saco and the sugar slave elite, builder of the first Spanish railway, headed by the Count of Villanueva. The article shows how Tacón successfully handled the English pressures against trafficking and the rise of the governor of Santiago. However, the removal of this builder, regulator

* Historiador cubano-dominicano. Sacerdote jesuita. Profesor asociado de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Correo electrónico: mmaza2472@gmail.com

of Havana's security, its time and its space, is understandable when it is taken into account that he was supported only by Spain.

Keywords: slave, slave trafficking, Havana's public buildings, railroads, Cuba's governor special faculties.

Résumé

Miguel Tacón Rosique a été qualifié de gouverneur espagnol le plus capable de Cuba. À partir de Pérez de la Riva, l'auteur formule certaines hypothèses sur les facteurs permanents et cycliques qui ont façonné la société cubaine avant les guerres d'indépendance. Contre Tacón se sont battus des Cubains comme José Antonio Saco et l'élite du sucre, constructeur du premier chemin de fer espagnol, dirigée par le comte de Villanueva. L'article montre comment Tacón a géré avec succès les pressions anglaises contre le trafic et la montée du gouverneur de Santiago. Cependant, l'enlèvement de ce constructeur, régulateur de la sécurité de La Havane, de son temps et de son espace, est compréhensible lorsque l'on tient compte du fait que son seul soutien était l'Espagne.

Mots-clés: Traite négrière, esclavage, constructions à l'Havanne, autorité absolue.

Hay períodos en la vida de los pueblos que revelan, tanto factores permanentes, como también factores que evidencian los dinamismos coyunturales que configuran sus múltiples dimensiones a lo largo de su historia. Tal es el caso del gobierno de Miguel Tacón Rosique (1775-1855), capitán general de Cuba durante el lapso que va desde el sábado 7 de junio de 1834 al domingo 22 de abril del 1838.

Hugh Thomas consideró a Tacón como “el procónsul más notable de todos destacados por España en sus dominios de Ultramar” (Thomas, 1971, p. 164). Ya Pérez de la Riva en 1963 lo catalogaba como “el más odiado, y el más ensalzado de cuantos gobernantes nos mandó España” y en otro lugar, “uno de los capitanes generales más benignos de cuantos España mandó a gobernar la Isla” (Juan Pérez de la Riva, 1963, pp. 94, 81). Por su parte, Herminio Portell Vilá le llamó “tirano feroz”, comparando su gobierno en Cuba con aquellos de los “bajáes turcos en Armenia” (1969, Vol. I, p. 301).

El hecho de que, tanto él como sus enemigos más poderosos en la misma sociedad cubana fuesen partidarios de la esclavitud y de la trata, nos ayudará a comprender mejor éste y otros factores que configuraron la sociedad cubana durante gran parte del siglo XIX, especialmente con anterioridad a la Guerra de los Diez Años (1868-1878), la emancipación de los esclavos (1886) y la Guerra de Independencia (1895-1898).

Presentando de manera sucinta los resultados del que consideramos

como el estudio más serio sobre Tacón, elaborado por el dedicado investigador Pérez de la Riva (Biaritz, Francia, 1913-La Habana, Cuba, 1976)¹, estaremos en capacidad de identificar su manera particular de ejercer el poder. La historia posterior, que ahora podemos evocar, revelará cuáles de sus respuestas a los desafíos enfrentados fueron originales, cuáles ya anunciaban de manera seminal desarrollos futuros y cuáles fueron simplemente las respuestas determinadas por factores permanentes, que se le hubieran impuesto a cualquier gobernante español de la Perla de las Antillas. Determinar las características del gobierno de Tacón nos puede dar pistas para identificar las particularidades de cualquier gobierno autoritario en la isla de Cuba.

Tres derrotas y un pesar de Don Miguel Tacón Rosique

Desde su cuna estuvo ligado al mar. Era oriundo de Cartagena donde había nacido el 10 de enero de 1775. Su propio padre estuvo vinculado a la Armada. (Pérez de la Riva, 1963, p. 13).

Con 14 años ya andaba aprendiendo los rudimentos de guardiamarina en Málaga. Allí llegó a obtener el cargo de alférez de fragata a los 16 años. Sus primeros conocimientos sobre América los obtuvo seguramente mientras recorría las aguas de los cabos San Vicente y Santa María, frecuentados por los buques provenientes de América. Participó en operaciones navales cerca de Orán, en África, y en torno a Gibraltar, en las cuales se distinguió por su valentía y arrojo. Con 19 años, ya era alférez de navío, los mares de la península Ibérica le vieron prestar servicio.

Cuando la nave que le trajo a Cuba entró en la bahía de La Habana el 31

1 Juan Pérez de la Riva, afiliado al Partido Comunista con 17 años, participó muy joven en la lucha contra el Machadato. Estuvo preso en el Castillo del Príncipe e Isla de Pinos y expulsado de Cuba como “extranjero indeseable” en la década de 1930. De su formación como ingeniero eléctrico, nunca ejercida, le quedó el manejo de las matemáticas a la hora de hacer historia. Lector asiduo de Marc Bloch y Alfred Sauvy. Fue director de la Biblioteca Nacional. Profesor de Geografía en la Universidad de La Habana. De sus más de 75 artículos científicos y 25 libros resaltamos cuatro: *El Barracón y otros ensayos* (1974), *Para la historia de las gentes sin historia* (1975), *Los culíes chinos en Cuba* (2000, cuya redacción es anterior a 1970) y la *Conquista del espacio cubano* (2005). Sus datos biográficos están disponibles en EcuRed. El ensayo al cual aludo, publicado hace más de 56 años y de difícil acceso, es la *Introducción, notas y bibliografía a la Correspondencia reservada del capitán general Don Miguel Tacón con el gobierno de Madrid, (1834-1836), El general Tacón y su época, (1834-1838)*, Consejo Nacional de Cultura, Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Colección Cubana, La Habana 1963, páginas 13-96.

de mayo de 1834, Tacón traía consigo tres derrotas y un pesar. Su primera gran derrota fue la batalla naval de Trafalgar del año 1805, donde las flotas combinadas de España y Francia se enfrentaron contra las de Inglaterra. Su valiente participación en esta batalla le ganó el grado de teniente de navío a los 31 años en 1806. Trafalgar afectaría decisivamente las posibilidades españolas de enviar tropas a América durante el período de las guerras de independencia, 1808-1824.

El segundo contratiempo en la vida de Tacón le sobrevino cuando intentaba poner fin a las acciones de piratería de ingleses y sus aliados argelinos. Fue durante esos afanes que Tacón padeció una fuerte contusión en el pecho. Aquel golpe tronchó su carrera en la Armada, tan apreciada por su padre. De un golpe, se acabaron sus días marinos, pasó al ejército de tierra con el grado de capitán de infantería. La carencia de personal hizo que se le atribuyeran funciones interinas de teniente coronel.

La tercera derrota de Tacón la padeció ante las fuerzas independentistas de Colombia, en donde se desempeñaba como gobernador político y militar desde 1810 cuando tenía 35 años. Tanto la pericia de su ejercicio militar como su valentía fueron reconocidas hasta por sus enemigos. Para siempre quedó en el ánimo de Tacón una amarga animadversión hacia los criollos hispanoamericanos, a quienes, según el historiador José Manuel Restrepo, calificó con fallo definitivo e inapelable como ineptos, cobardes de mala fe, usurpadores, aprovechados y corruptos (Citado en Pérez de la Riva, 1963, p. 14-15). Portell Vilá presenta a Tacón como “animado por un odio implacable contra todos los nacidos en América” (1969, Vol. I, p. 301). En un despacho del 20 de abril de 1838, el cónsul Trist señalaba esta característica de Tacón: “Su desconfianza y desprecio de los Criollos, el cual, en vez de buscar disimularlos, pareciera ufarse de ellos” (p. 321).

Los lazos de la amistad le unían a un grupo de generales hispanos que habían sido derrotados por los insurgentes en América. Marcados por la mal digerida derrota en América, ellos se autodenominaban “los ayacuchos”, Gerónimo Valdés, gobernador de Cuba para el período (1841-1843) fue uno de ellos. Otro ayacucho, Zarco del Valle, fue figura prominente del ministerio de Mendizabal. Él nombró a Tacón en Cuba y, en su momento, le aceptaría su renuncia.

La fervorosa intransigencia de las convicciones hispanas de Tacón se manifestó al negarse a rescatar a su esposa y su familia, que habían caído en manos de los rebeldes independentistas. Su extraordinaria tenacidad y temeridad quedaron patentes durante una increíble fuga por tierra recorriendo cientos de kilómetros desde Colombia hasta Lima, cruzando

montañas, ríos y valles a través de un territorio controlado por el enemigo. Tacón llegó a Lima con 25 soldados. Con razón el virrey, Joaquín de la Pezuela, le tenía mucha confianza. Tacón fue nombrado mariscal de campo en 1819. La primera tarea que le encomendó fue trasladarse a España para informar directamente a la corona sobre la magnitud de la insurrección. Pero España había perdido muchas naves en Trafalgar y cuando reúna tropas suficientes para enfrentar a los insurrectos de América, éstas se sublevarán el 1º de enero de 1820 iniciando el llamado trienio liberal (1820-1823). América estaba perdida.

En 1819, Tacón sería nombrado capitán general de Puerto Rico, pero la salud delicada de su esposa le impidió aceptar. Antes del fin del año la enterraba. A las tres derrotas, se añadía este pesar.

Tacón sería más tarde gobernador de Málaga y Sevilla. Muerto Fernando VII en 1833, el 7 de marzo de 1834, el gobierno del liberal Martínez de la Rosa le nombró capitán general para Cuba. Como lo señala Juan Pérez de la Riva, Tacón y sus allegados mantenían estrechas relaciones con el gabinete español, varios de ellos ocuparon simultáneamente cargos importantes: la gobernación militar de Cádiz, el puerto clave para las relaciones con América, le fue asignado a su hermano Bernardo; la Embajada de Estados Unidos, cuya importancia crecía cada año, fue puesta en manos de su hermano Francisco, quien se ocupó de calumniar al exilado padre Varela todo lo que pudo, y el puesto de primer secretario de la Embajada de Londres fue desempeñado por un hijo de Miguel Tacón. Un cuñado de Tacón, D. José García Scoli, fue ascendido al rango de coronel y destacado en La Habana a las órdenes del flamante capitán general y D. Lorenzo Fernández de la Sonera, viejo amigo de Tacón, también fue destacado en La Habana con el rango de comandante. Ninguna autoridad española en Cuba recibió tantas condecoraciones como Tacón (Pérez de la Riva, 1963, pp. 16-17). Claramente Tacón estaba bien relacionado.

Tres retratos de Tacón

Pérez de la Riva nos ha dejado este retrato de Tacón:

“Un hombre magro, ya entrado en años, que exhibía con garbo el uniforme de Teniente General, los gestos ágiles y precisos y el modo de hablar pausado y cortés; llevaba la cara completamente afeitada, la boca dura y amarga, la mirada disimulada tras los gruesos cristales de unos lentes de montadura de oro, de lo que entonces se llamaban -quevedos-. Todo en él parecía medido y ajustado”.

El mismo Pérez de la Riva, consideraba que “tal vez el mejor retrato hecho por un contemporáneo” sea este retrato de Pedro José Guiteras, quien vio al general Tacón y era un experto conocedor de aquella época:

“El General Tacón era de buena estatura, seco de carnes, de rostro moreno y grave, ceñudo en el mirar y profundamente disimulado en la expresión de su fisionomía; cuidaba mucho de la compostura de su exterior y tenía la virtud de ser metódico y laborioso en las atenciones del gobiernos; la idea exagerada que se había formado de su autoridad hacía resaltar su altivez y reserva... su temperamento impresionable lo hacía con frecuencia esclavo de la ira, era severo en extremo cuando se trataba de hacer cumplir sus órdenes...”²

Finalmente, el cónsul norteamericano en La Habana, A. P. Trist, amigo personal de Tacón, lo retrató como “el prototipo del Caballero de Castilla, orgulloso de su elevada posición, severo hasta la acritud en el ejercicio de sus funciones y, no obstante, afable y cortés en el trato con los extranjeros”.³

Con tres derrotas, un pesar y 60 años trabajosos, Tacón entró en bahía de La Habana el 31 de mayo de 1834, en el navío de línea Soberano, reliquia de glorias pasadas, construido en La Habana, entonces todavía el puerto que se ufanaba de ser el “más protegido de las Indias Occidentales”, en frase de Eusebio Leal. Tres imponentes castillos desafiaban a cualquier invasor: la Real Fuerza, los Tres Reyes del Morro y San Salvador de la Punta y una muralla. Pero se sabía que aquellos tres castillos habían resultado inútiles cuando los ingleses atacaron La Habana en 1762. Recobrada su soberanía, España se dio a la tarea de construir nuevos castillos y torreones.

La mejor muralla: las facultades omnímodas

La Habana estaba protegida por castillos, fortalezas y torreones, pero no era segura. En aquel entonces, las amenazas exteriores se equilibraban unas con otras. En efecto, dadas las rivalidades entre España, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, fácilmente se neutralizarían al entrar en conflicto unas con otras las ambiciones de los enemigos exteriores de España. Sin embargo, los vientos independentistas que soplaban en México y las repúblicas

2 Pedro José Guiteras, *Historia de Cuba*, 1927, La Habana, Cultural, Tomo 2, 124; citado por Pérez de la Riva, 1963: 19 nota 17.

3 A.P. Trist en *Carta al Secretario de Estado*, Daniel Webster, de 28 de abril de 1838. Citado por Guerra y Sánchez, *Manual...*, 329; citado por Pérez de la Riva, 1963, 19. Se llamaba Nicholas Philip Trist (1800-1874).

de la América del Sur podían avivar las brasas independentistas dentro de Cuba. España cayó en la cuenta de que el peligro mayor para su soberanía sobre Cuba provendría desde el mismo interior de la isla. Había que prever múltiples versiones de estos peligros, entre otros: una revuelta de esclavos, como en Haití en 1791; una insurrección de carácter independentista y abolicionista, como la de José Antonio Aponte entre 1811 y 1812; o finalmente, una conspiración de criollos ligados a la francmasonería con el apoyo de las nuevas repúblicas americanas, como la de los Rayos y Soles de Bolívar o la de la Gran Legión del Águila Negra en 1823.

Todas estas eventualidades, cuando ocurrieran, tendrían lugar en una localidad separada de España por el océano Atlántico con sus 7,301 kilómetros entre Cádiz y La Habana. Los conflictos de la misma España, escenario de frecuentes luchas intestinas y tan polarizada por fuerzas liberales, conservadoras y hasta archiconservadoras, como el carlismo, podían generar incertidumbre y desórdenes en la otra rivera del Atlántico. Los cañones de las fortalezas habaneras apuntaban al mar, ¿pero qué arma española garantizaría la estabilidad del “orden” establecido en el interior de Cuba?

España dotaría a sus capitanes generales con un arma capaz de responder a cualquier peligro para su soberanía, incluso los provenientes de la misma península. Desde el 25 de mayo de 1825, a petición del general Dionisio Vives, los capitanes generales de Cuba gobernarían con facultades omnímodas, es decir, todas las facultades legales otorgadas por la corona española a los gobernadores de plaza sitiada. En adelante, la voluntad del capitán general era la única ley vigente. De este modo se suprimían en Cuba todos los derechos políticos, civiles y humanos. El capitán general quedaba facultado para dejar sin efecto cualquier ley de la península, así fuese una real cédula, si ésta, a su juicio, pusiese en peligro el orden de Cuba. Blandiendo estas facultades, los capitanes generales de Cuba, Vives y sus sucesores, apresaron, desterraron, confiscaron propiedades y ejecutaron a sus enemigos a su antojo. Estas medidas fueron confirmadas por dos reales ordenanzas fechadas el 21 y el 26 de marzo de 1834. Tacón asumiría su cargo en Cuba el 1º de junio de 1834. Las facultades omnímodas rigieron la vida pública de la isla hasta la paz del Zanjón del 10 de febrero de 1878.

Los logros de Tacón

Si los capitanes generales Vives y Mariano Ricafort Palacín y Abarca habían sido vagos, Tacón, por el contrario, fue un ejemplo de funcionario

diligente. Desde sus primeros días tuvo que enfrentar una situación de gran inseguridad debido a la delincuencia rampante. Unos pocos años atrás, escribiendo desde La Habana en 1820, R. Patterson, *Letters from the Havana*, 64, reportaba: “Los asesinatos son atterradoramente frecuentes... el 18 de junio pasado, no menos de siete —blancos— fueron asesinados en las calles” (Thomas, 1971, p. 193).

La inseguridad se había adueñado de las zonas rurales, donde pululaban bandas de mulatos y negros escapados, y policías actuando por cuenta propia y buscando su propio beneficio a base de acciones violentas y extorsiones. Las ciudades eran antros de prostitución y juego. Tacón eliminó varias bandas criminales que operaban en los vecindarios y los muelles; prohibió el porte de armas, reglamentó su posesión y estableció severas cortes militares; edificó la mayor prisión de las Américas con sus descomunales, 240 por 300 pies. A la caída de la tarde, muchas veces se veía a Tacón y a sus amigos tomar chocolate en la terraza del techo de la prisión y jugar al tresillo (Pérez de la Riva, 1963, p. 40)⁴. Los principales amigos de Tacón era negreros españoles: Manuel Pastor, el banquero Joaquín Gómez, el Marqués de las Delicias, José Antonio Portuondo y Francisco Marty (Thomas, 1971, pp. 194-195). Pérez de la Riva menciona también a Viada, José Idelfonso Suárez, José Antonio Olañeta, “el Auditor de Guerra Felipe Martínez de Aragón, el Coronel de Infantería Lorenzo Fernández de la Somera, ayudante de Tacón, su amigo y principal consejero”. El historiador resalta otro aspecto importante: “La más notable característica de estos personajes es que en su juventud casi todos se habían destacado por sus exaltadas opiniones liberales; Gómez y Viada, por ejemplo, habían pertenecido a las Logias y se habían destacado por sus violentas opiniones anticlericales” (1963, p. 39).

Muy pronto, la oligarquía habanera desdeñó seguir participando en las tertulias del despreciado Tacón y éste le devolvió con creces su encono, rodeándose de negreros, peninsulares y habaneros sin abolengo. Los que favorecían el juego y se beneficiaban de la inseguridad de La Habana amenazaron a Tacón mediante unos pasquines estratégicamente colocados para que no cambiara aquel desorden. En ellos se leía un mensaje claro: “Si vives como Vives, vivirás”. Pérez de la Riva asegura que a la llegada de Tacón funcionaban en La Habana 50 garitos y unas mil personas vivían del juego y otras tantas de la prostitución (Pérez de la Riva, 1963, pp. 19, 26).

Tacón creó un cuerpo de serenos, se ocupó de la limpieza de las vías públicas a las cuales se arrojaban alegremente todo tipo de desperdicios

⁴ En Thomas (1971, p. 195), el chocolate de Tacón en Pérez de la Riva se ha vuelto “champagne”.

inmundos, adoquinó y rotuló las calles, numeró las viviendas, mejoró la higiene y la salubridad de los espacios públicos, construyó un alcantarillado (el acueducto Fernando VII) para mejorar el suministro de agua de la capital y un mercado público (Thomas, 1971, p. 194). Tacón, además, construyó un teatro, la calzada de San Luis Gonzaga (luego Reina, hoy Simón Bolívar), el paseo Tacón (luego Carlos III y hoy Presidente Allende), la fuente de Neptuno en la Capitanía del Puerto y el Campo de Marte (hoy plaza de la Fraternidad). Estas obras fueron construidas a muy bajo costo por emplearse la mano de obra de presos y emancipados, estos últimos negros eran que debían de ser liberados, pero cuyas causas eran enredadas por los funcionarios para aprovecharse de sus trabajos (Pérez de la Riva, 1963, p. 35)⁵. Un enemigo de Tacón resumió su gestión en Cuba así: “Había creado en Cuba una -civilización de piedra y cemento-“ (Portell Vilá, 1969, Vol. I, p. 301).

España envió a Cuba al autoritario Tacón, quien, al igual que sus antecesores Vives y Ricafort, gozaba de facultades omnímodas para proteger sus intereses prioritarios amenazados por un nuevo orden que ya regía o se preveía en el Caribe. Inglaterra había liberado a sus esclavos en 1833, indemnizando a unos 660,000 dueños de esclavos en las Indias Occidentales (Thomas, 1971, p. 196). En 1835, España e Inglaterra suscribían un nuevo acuerdo para implementar las medidas contra el tráfico ilegal de esclavos. Todos esos acuerdos figuraban en la prensa y producían ruidosas declaraciones, pero el primer barco negrero solo fue apresado en Cuba en 1842. La abolición definitiva en las colonias francesas llegaría en 1848. Entre 1835 y 1870 se calcula que fueron introducidos en Cuba no menos de 300,000 esclavos. La misma Reina Madre, María Cristina de Borbón, era una de las principales accionistas del tráfico ilegal de esclavos, como fue denunciado en su momento en el parlamento inglés (Portell Vilá, 1969, Vol. I, pp. 303, 305).

Cuando Tacón partió de Cuba en 1838, la población total de la Isla, según los cálculos del cónsul inglés, se estimaba en unos 870,000 habitantes, de los cuales, 360,000 eran esclavos, 110,000 libres y una población blanca de unos 400,000 (Thomas, 1971, p. 169). Se estima con fundamento que

5 En internet, se puede consultar *Juicio de residencia del escelentísimo señor don Miguel Tacón, Vizconde de Bayamo y Marqués de la Unión de Cuba, Caballero de la insigne orden del Toison de oro, Teniente General de los Ejércitos nacionales, gobernador y capitán que fué de la isla de Cuba...* Filadelfia: Imprenta de A. Walker, Calle de Arch., No 24, 1839. La edición corrió a cargo de *El Comercio* de La Habana. En su dedicatoria, le reconoce a Tacón: “En el brevísimo período de su mando, unir a la seguridad más completa de vidas y propiedades, crecer considerables...” (ibid, 8). El coronel Olañeta falleció en New York en mayo de 1882, luego de desempeñarse como asesor militar de la Embajada de España en Washington. Sus honras fúnebres, de notable solemnidad, tuvieron lugar en la Catedral de San Patricio, en New York.

durante su gestión entraron 50,000 esclavos por los cuales recibió anualmente, media onza de oro por cada esclavo, lo que alcanzaba la cifra de unos 100,000 pesos como comisión por el tráfico ilegal de esclavos prohibido por un tratado con Inglaterra, el cual entró en vigor desde 1820. Cuba, entretanto, iba desplazando a Jamaica como la gran productora de azúcar (Tomas, 1971, pp. 194,196). Siendo cónsul en La Habana, Nicholas Trist, en carta al Departamento de Estado de los Estados Unidos, aseguraba que el gobernador Vives había amasado una fortuna a partir del tráfico ilegal de esclavos, pues recibía una comisión por cada esclavo desembarcado en Cuba ilegalmente (Portell Villá, 1969, Vol. I, p. 322). Tacón mantuvo la misma política.

Se sabe que Miguel Tacón tuvo una estrecha amistad con el cónsul norteamericano en La Habana, Nicholas Philipp Trist (1800-1874), ex secretario personal del presidente Andrew Jackson (1829-1837). Trist apreciaba a Tacón y ambos se beneficiaron del tráfico ilegal de esclavos. El cónsul Trist le regaló a Tacón el primer revólver Colt de seis balas que entró en Cuba, así como un coche (fabricado en Filadelfia) y un negro seis pies comprado para ser su cochero. Todo esto fue un regalo de los comerciantes de La Habana. El hábil Trist facilitó el uso de la bandera norteamericana en barcos negreros, lo que les libraba de inconvenientes con los ingleses. Richard Madden aseguraba que, entre los años 1836 y 1839, capitales estadounidenses invirtieron en la producción de caña en Cuba a razón de veinte nuevas plantaciones cada año (Portell Vilá, 1969, Vol. I, p. 310). Tantas fueron las quejas por las actividades esclavistas del cónsul Trist, dueño de una plantación de caña, que el secretario de Estado, John Forsyth, envió a Alexander Everett a La Habana a investigar el asunto. Everett denunció que Trist con seguridad había provisto de papeles a por lo menos 61 barcos negreros de los 71 que habían recalado en La Habana en 1838. Acorralado, Trist propuso que los EE.UU. comprara la próspera Cuba. Sus días de embajador finalizaron. Su idea de comprar Cuba perduró y sus marañas diplomáticas alcanzaron cotas más altas (Hugh Thomas, 1971, p. 199).

Más tarde en la guerra de los Estados Unidos con México, en tiempos del presidente James K. Polk, Trist representó los intereses norteamericanos ante Santa Anna. El carácter contradictorio de Trist se reveló en estas negociaciones, pues continuó permaneciendo en México icontraviniendo las órdenes expresas del presidente Polk y del general Winfield Scott! En una larga carta a su gobierno se avergonzaba de lo que EE.UU. le había quitado a México, se abochornaba como americano, pues la guerra era injusta y su ejecución un abuso. Trist murió en desgracia y pobre.

El presupuesto de Cuba en tiempos de Tacón era mayor que el de países tales como Dinamarca, Suecia o Suiza. En América Latina, solo lo

superaban México y Brasil. Por concepto de los impuestos a la producción de azúcar cubana, el tesoro español recibía anualmente 4 millones de pesos, es decir, 1 millón de libras esterlinas de aquel entonces.⁶ Era *vox populi* que varios sueldos de ministros, funcionarios y los gastos de las legaciones españolas en América se pagaban con las partidas provenientes de los azúcares cubanos (Portell Vilá, 1969, Vol. I, p. 302). Los dineros de Cuba servían como garantía de los préstamos a los banqueros Rothschilds que aseguraban la liquidez del deficitario gobierno español. Estos préstamos se volvieron una imperiosa necesidad al desatarse las guerras carlistas, la primera de ellas tras la muerte de Fernando VII, en 1833, y que duró hasta el 1840.

Así como en la Cuba de Vives, Ricafort y Tacón, el azúcar financiaba a España, también se iba produciendo en paralelo otro fenómeno económico de importancia: el crecimiento del comercio con los Estados Unidos. Desde antes de que llegara Tacón a Cuba, ya en 1826, de los 964 barcos que entraron en el puerto de La Habana, 783 provenían de los Estados Unidos (Thomas, 1971, p. 194). El 13 de diciembre de 1834, a través de un despacho, el cónsul de Estados Unidos, Nicholas Trist, le aseguró al secretario de Estado, John Forsyth, que “la Isla no podía vivir sin comerciar con los Estados Unidos”. Solo aquel año habían entrado en el puerto de La Habana 394 barcos norteamericanos (Portell Vilá, 1969, Vol. I, p.301).

Tacón y el destierro de José Antonio Saco

Surgía una oligarquía criolla, acostumbrada a tener acceso a los capitanes generales. Al principio Tacón se llevó bien con aquellos notables habaneros, entre los cuales descollaba Claudio Martínez Pinillos, conde de Villanueva (1782-1853), a quien el gran Hugh Thomas hace nacer en España, llamándolo “peninsular”, pero sabemos que había nacido en La Habana (Thomas, 1971, p. 196). Puede que el ilustre historiador se haya desorientado por el hecho de que Villanueva había guerreado contra Napoleón en España, ocupando su lugar en las filas españolas en la batalla de Bailén. Fue durante esta luna de miel que Tacón envió al exilio a uno de los cubanos más respetados en aquella sociedad: José Antonio Saco.

6 El valor de una libra esterlina para los años que van (1816 al 1919) era de unos US\$4,886. El poder adquisitivo de ambas monedas para la época de Tacón era por lo menos cinco veces mayor que en la actualidad. En 1849, todos los gastos públicos de Inglaterra, entonces el país más rico del mundo, ascendían a 54,185,156 libras esterlinas y sus ingresos eran de 54,158,136 libras esterlinas.

José Antonio Saco, “el polemista político más brillante que ha dado Cuba”⁷, fue presa de la ira de la oligarquía esclavista criolla, encabezada por el conde de Villanueva, por varios motivos. En su *Memoria sobre la vagancia* (1832), Saco señalaba con su dedo acusador a las autoridades españolas por “las lacras de la sociedad colonial”; en su comentario crítico al libro *Noticias del Brasil en 1828*, del presbítero R. Walsh y publicado por Saco en 1832, fue el primero en atreverse a denunciar “la introducción clandestina de esclavos africanos en Cuba, espinoso asunto que hasta entonces nadie había osado discutir públicamente”; la epidemia de cólera de 1833 le brindó la ocasión a Saco de señalar nuevamente como responsables a las autoridades españolas por dejar sin efecto la cuarentena a los barcos provenientes de los Estados Unidos.

Saco desafiaba así a los traficantes de esclavos, a los comerciantes españoles y a los burócratas coloniales. Saco cruzó su espada contra la de Sagra, pero éste solo era el escudero de un contendiente mucho más poderoso, el intendente de Hacienda, Claudio Martínez de Pinillos, “protector de la Sagra y responsable de la suspensión de las cuarentenas”. El acto final que acabó por colmar la paciencia del intendente y de su entonces relacionado Tacón, fue una dura polémica entre Saco, líder de la Academia Cubana de Literatura, y el padre Bernardo O’Gavan, deán de la catedral y director de la Sociedad Patriótica. El grupo de Saco actuaba con independencia de la tutela de O’Gavan y de los hombres de letras españoles. Era fácil discernir las implicaciones políticas del modo de proceder de Saco y de la Academia Cubana. En medio de la censura, Saco se las apañó para publicar su folleto *Justa defensa de la Academia Cubana de Literatura*. El panfleto andaba en mano de todos los interesados. Tacón respondió con el destierro de Saco, quien le interrogó sobre sus motivos y fundamentos. En su respuesta, Tacón expresó, sin quererlo, uno de los elogios más hermosos sobre Saco. En este elogio exquisito concordaban el exilado P. Varela, Tacón y O’Gavan. Tacón le señaló a Saco que “había ofendido a O’Gavan y además ‘tenía mucha influencia sobre la juventud habanera’”. Elegido a las Cortes de 1821, Varela adelantó esta razón para escoger a Saco como sucesor de su cátedra de Filosofía, “por la persuasión en que estaba y es-

7 La frase es del Dr. José Manuel Hernández en su estudio preliminar a una selección facsimilar de José A. Saco, *Papeles políticos sobre Cuba*, 2001, p. ix. Escribiendo en 1834, Domingo del Monte hacía esta semblanza de Saco: “Su índole es suave, y su humor festivo; más su sarcasmo es devorante y poderoso cuando tiene que habérselas con algún contrincante de malas ideas o de villanas ‘intenciones’” (Vidal y Morales, 1963, Vol. I, p. 171, nota al pie de página). Vidal Morales y Morales —cuyos apuntes originales para su obra *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana* databa, como se sabe, de una época anterior al 1899— llamaba a todo aquel grupo cohesionado en torno a Varela “precursores de la independencia”. En el grupo señala a Saco, Escobedo, Manuel González del Valle, Luz y Caballero, y Domingo del Monte, (Ibid, pp. 169-170).

toy de que le hacía un bien a la juventud de mi patria”⁸. Morales y Morales atribuyó a O’Gavan y a la pandilla negrera el exilio de Saco (1963, Vol. I, p. 200). Saco partió de Cuba el 13 de septiembre de 1834 en un vapor de significativo nombre, Pandora.

Con hiriente lucidez, Saco denunciaba que la creciente presencia de africanos afectaría para siempre a la sociedad cubana. Que el aumento continuo de esclavos servía a los intereses españoles, pues la oligarquía cubana necesitaba así una mayor presencia militar española para mantener a raya a los africanos y así evitar otro Haití. Pero Saco era pesimista: pensaba que el aumento de la población negra conduciría a una revolución. Saco argumentaba que los trabajadores libres eran más baratos que los españoles (Thomas, 1971, pp. 195-196). Más tarde, el gobernador Leopoldo O’Donnell sostenía que el día en que Cuba tuviera más blancos que negros y mulatos, sin duda lucharía por ser independiente (Thomas, 1971, p. 206).

Muy pronto Tacón entró en conflicto con la oligarquía criolla y con su líder, el intendente Claudio Martínez Pinillos, conde de Villanueva. Algunos atribuyen el choque entre Tacón y el intendente a una humillación padecida por uno a manos de otro, pero sobran los motivos para el enfrentamiento. Tacón era un ayacucho plagado de resentimientos contra los criollos. El intendente y la oligarquía criolla tenían acceso al monarca español por caminos más expeditos, que dejaban de lado a las autoridades locales. Con su influencia, lograron que la monarquía y sus ministros aprobaran un ferrocarril para Cuba, antes que la orgullosa España pusiera a funcionar la línea de Mataró, en Barcelona. Tacón consideraba el ferrocarril como un juguete, un capricho de un grupito local. Durante meses, Tacón enredó y dio largas al establecimiento de una estación en La Habana. Finalmente, en 1837 se inauguró el primer tramo del ferrocarril entre La Habana y Güines. Llegaría a recorrer 51 kilómetros. Cuba sería el quinto país del mundo en contar con un ferrocarril. Las actividades azucarera y tabacalera recibieron un espaldarazo. “La construcción del Ferrocarril de La Habana a Güines fue financiada con el empréstito de dos millones de pesos contratado con M. A. Robertson & Co., de Londres, en que dichos banqueros obtuvieron una ganancia de miles de libras” (Portell Vilá, 1969, Vol. I, p. 309).

8 Son palabras de Saco en la *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*, 3 volúmenes 1960-1963, La Habana: Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, Vol. I, p. 109, citado en José Manuel Hernández, *Estudio preliminar*, pp. ix-xii. J.M. Hernández cita una carta de Félix Varela a Saco de 1830, en Fernández de Castro, *Medio siglo de historia colonial de Cuba, cartas a José Antonio Saco, ordenadas y comentadas*, de 1823 a 1879, p. 31. Pérez de la Riva (1963, p. 23) recoge la acusación de Tacón contra el Bayamés: Saco gozaba de una “gran influencia sobre la juventud habanera”.

Tacón acusó al conde de Villanueva de una aplicación tibia de las leyes de desamortización de las propiedades de la Iglesia. Villanueva contaba con muchos amigos entre los miembros de las órdenes religiosas y sus conventos locales. Antes de aplicar las mencionadas leyes, que privarían de sus propiedades a los religiosos, Villanueva arrastró los pies a la hora de implementarlas y les avisó oportunamente a los religiosos para que pudieran venderlas a buen precio y recabar pingües ganancias. Villanueva administraba la cárcel y Tacón lo acusó de matar de hambre a los presos. Villanueva administraba una línea de vapores que cruzaban la bahía y Tacón lo sometió a una investigación bajo la acusación de malversación de fondos. La oligarquía, al igual que la inmensa mayoría de la sociedad habanera, era amante del juego y las apuestas. Apoyándose en una estricta interpretación de la ley, Tacón cerró un garito que funcionaba en la mansión del deslumbrante marqués de Casa Calvo y lo apresó por varios días. Una afrenta que la orgullosa oligarquía habanera jamás olvidaría. El trazado del paseo del Prado perjudicó las mansiones de varias connotadas figuras como Juan Montalvo y O'Farrill, José Suárez Argudín, Gabriel de Cárdenas y el conde Cañongo (Thomas, 1971, p. 197; Pérez de la Riva, 1963, p. 52).

Tacón, el motín de La Granja y la primera guerra carlista

Dos nuevas crisis enfocarían los reflectores políticos españoles en la figura de Tacón. La primera provino del lado liberal, la segunda, de la derecha carlista. El 12 de agosto de 1836 se producía en España el motín de La Granja, un alzamiento de corte liberal. De nuevo la Constitución de 1812 entraba en vigor. Basado en ella, el gobierno de Madrid convocaba a Cortes y mandaba a elegir delegados representantes. Apoyándose en sus facultades omnímodas, Tacón ignoró en La Habana la promulgación de la Constitución y la convocatoria a elección de diputados, pero en el Departamento Oriental, el gobernador General Manuel Lorenzo, máxima autoridad del departamento oriental desde el 19 de julio de 1835 y amigo personal de Mendizabal, llamó a elecciones a fin de que los cubanos estuvieran representados en las próximas Cortes. Uno de los tres delegados electos era el exiliado José Antonio Saco. Pero en Madrid, liberales y conservadores españoles estaban persuadidos de que cualquier reconocimiento del derecho de los cubanos a ser representados sería un paso hacia la independencia. Ambos se negaron a reconocer a los delegados de Cuba. Por su parte, apoyado quizás en su amistad con Mendizabal, un rebelde general Lorenzo convocó a elecciones el 29 de septiembre. Tacón presionó militarmente a Lorenzo y le dejó las puertas abiertas para que huyera. Lorenzo hasta pensó recurrir a una medida de fuerza que espantaba a los blancos y

hasta los mulatos de Cuba: ¡estaba dispuesto a armar a los negros! (Pérez de la Riva, 1963, pp. 56-60). Durante la guerra civil de los EE.UU., el Norte y luego el Sur recurrirían a esta medida desesperada. Igual harían eventualmente los patriotas cubanos del 1868. Tacón estaba dispuesto a desencadenar una guerra civil si hubiese sido necesario. Eventualmente, el gobernador Lorenzo produciría una de las denuncias más acerbadas contra Tacón en su *Manifiesto del general Manuel Lorenzo a la nación española sobre los acontecimientos de Santiago de Cuba* (Hernández, 2000, p. 22).

El ataque de Lorenzo contra la máxima autoridad de la isla no tuvo comparación en toda la historia de la Cuba colonial: “Nada de ayuntamientos electivos, nada de diputaciones de provincia, nada de garantías, nada de gobierno racional y regulado. Las leyes eran la voluntad absoluta, omnímoda, ilimitada, del Capitán General. En vano se comunicaban las innovaciones y reformas efectuadas en la península” (Morales y Morales, 1963, Vol. I, p. 210).

Entre los peninsulares se reafirmaba su convicción de que el diputado Vicente Sancho expresó en las Cortes: “Cuba sería española o sería negra” (citada por Thomas, 1971, p. 198). En el futuro, no se otorgaría ninguna representación a Cuba en las Cortes, pues las leyes que regirían los destinos de Cuba sería leyes especiales. Lorenzo fue relevado de sus funciones el 23 de diciembre de 1836. Al decir de Vidal Morales y Morales, Tacón opinaba así de los cubanos: “Era preciso no hacerse ilusiones respecto a la opinión de los hijos de Cuba: todos llevan en la masa de la sangre su tendencia a sacudir la dominación española” (Vidal Morales y Morales, 1963, Vol. I, p. 173).

Los tres meses que duró la insubordinación liberal del general Manuel Lorenzo en Santiago de Cuba mostraron que Tacón contaba con la lealtad del ejército, los cónsules de Inglaterra y Estados Unidos y hasta con el apoyo militante de los dominicos de Bayamo, enemigos del orden liberal favorecido por la constitución de 1812, que de nuevo entraría en vigor. El cónsul inglés en Santiago de Cuba tenía intereses personales en las minas de cobre de El Cobre en las inmediaciones de Santiago de Cuba (Portell Vilá, 1969, p. 308). Apoyando a Tacón e intentando asegurar el orden y la salvaguarda de sus intereses mineros, la fragata inglesa Vestal trasladó a Lorenzo y sus correligionarios insubordinados a Europa. Los gobiernos de Inglaterra, España, Francia y el mismo Quincy Adams no miraban con buenos ojos un gobierno liberal en Cuba, pues temían que pudiera caminar hacia la abolición de la esclavitud (Portell Vilá, 1969, Vol. I, p. 311).

Simultáneamente a la crisis creada por la insubordinación del general Lorenzo, Tacón vivió una segunda crisis. En España, no solo los libe-

rales estaban activos, también los carlistas impugnaban como Reina a Isabel II y exigían que el hermano de Fernando VII, Carlos María Isidro, fuera coronado rey. En Cuba, fray Cirilo Alameda, O.F.M., simpatizante del absolutismo de Fernando VII, fue denunciado como sospechoso de la causa carlista y pudo escapar de Cuba en diciembre de 1837 a Jamaica y, luego de pasar por Francia, se unió a los contingentes de Carlos María Isidro. Tacón fue blanco de dos acusaciones contradictorias. Por una parte, le acusaron de haber sido tibio al momento de aplastar a los simpatizantes del carlismo, propiciando la fuga de fray Cirilo, connotado ejemplar de esa tendencia, de nuevo en la fragata inglesa Vestal. Y por otra parte, de haber mostrado poca delicadeza con el arzobispo.

Alameda huyó de Santiago de Cuba temiendo los excesos liberales del Trienio (1820-1823). Luego, en plena guerra de los Diez Años, los liberales chocaron contra la Iglesia católica, nombrando un obispo cismático en Santiago de Cuba en 1872. Durante la Guerra de 95, la Iglesia católica española pugnó por el primer lugar entre las fuerzas patrióticas en apoyo de la metrópolis.

Tacón enviaría al exilio a unos 54 notables residentes de Cuba, la mayoría de ellos, al decir de Pérez de la Rivas, fueron “carlistas, algunos progresistas demasiado exaltados y notorios picapleitos”, entre ellos, “los cubanos fueron una ínfima minoría” (1963, p. 29). Tal vez dos de las posturas más contradictorias respecto de Tacón, y eventualmente de España, fueron las asumidas por dos cubanos: José María Heredia y José Antonio Saco.

El poeta José María Heredia huyó de Cuba en 1822. Fue condenado en 1824 como participante de la conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar, y condenado a muerte en 1831 por su vinculación con la conspiración de La Gran Legión del Águila Negra. Estando exiliado en México, le escribió a Tacón el 1 abril de 1836, para pedirle que le dejara volver a Cuba a fin de ver a su madre:

“He resuelto dirigirme a V.E. (...) por la fama de su carácter íntegro, franco y caballeroso (...) Es verdad que hace doce años, la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirle habría sacrificado gustoso toda mi sangre. Pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años han modificado mucho mis opiniones, y vería como un crimen cualquier tentativa para trasplantar a la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano (...) De esta manera uniré V.E., en mi alma un sentimiento de gratitud personal al de estimación que han excitado en ella los beneficios de su administración íntegra y firme ha dispensado a mi patria” (Pérez de la Riva, 1963).

Tacón le autorizó visitar Cuba. Heredia hizo pública esta carta, a la cual Tacón no se refirió jamás. A Domingo Del Monte y “a ninguna persona de delicadeza” le gustó la carta de Heredia, quien se despidió personalmente de Tacón antes de regresar a México luego de diez semanas en la isla. Heredia no volvería a Cuba, enfermo de tuberculosis, falleció el 7 de mayo de 1839.

Como hemos visto, durante sus meses de luna de miel con el intendente Villanueva, el padre Bernardo O’Gavan, deán de la Catedral y director de la Sociedad Patriótica y de la élite habanera, en 1834 Tacón condenó al exilio a José Antonio Saco (1797-1879), pero le permitió partir hacia España cuando pudo.

Aunque en 1834 no era independentista, Saco expresaba en una carta, dirigida a José de la Luz y Caballero, su pensamiento sobre España en los siguientes términos:

“En este malhadado país ni nos quieren, ni nos entienden, ni se acuerdan de nosotros sino para robarnos y sacrificarnos. Reina contra nosotros una prevención terrible. Resentidos de haber perdido las Américas, se proponen encadenarnos más de lo que nos tienen para que no podamos escaparnos”.

Según José Manuel Hernández, Tacón representaba el primer paso dado por España para mantener su control de Cuba a toda costa (Hernández, 2001, pp. xiii-xiv). Saco propuso en 1835 que fueran limitadas las facultades extraordinarias del capitán general de Cuba (2001, p. xv). Se discute si Saco fue anexionista, Hernández piensa que no. Lo que no se puede discutir es que ya en 1837, antes de que Tacón terminase su mandato, Saco no esperaba nada bueno de España ni de sus hombres. Si alguna vez había pensado que corrigiendo “algunas medidas particulares” algo se podría conseguir de España, ahora estaba convencido de que “si algún día mejoraba la suerte de [la] patria, debería a la fuerza de las circunstancias que ellos [los españoles] no puedan contrariar”. Aun mejorando la situación de Cuba, el gobierno de España era una “bárbara dominación”, que Saco resumía así el 15 de febrero de 1838, en las últimas semanas de Tacón en La Habana: “Venga [a los españoles] todo el dinero posible, y vayan para los cubanos los menos derechos posibles”. En carta a Domingo del Monte, del 13 de septiembre de 1845, el juicio de Saco sobre España y su dominio sobre Cuba no podía ser más negativo: España era “una hedionda y cagada metrópoli... una tierra donde no hay justicia y donde no gobierna sino el sable y el fusil”. Nueve años antes, el 26 de abril de 1836, en carta a Salustiano de Olózoga, Domingo del Monte, hablando en nombre del “más puro patriotismo”, le pedía:

“Mete el hombro por Dios en nuestro favor, y con tu elocuente persuasión haz entender a esos hombres del ministerio, que si siguen tratando a esta isla a latigazos, tarde o temprano llorarán su pérdida; que al cabo somos españoles, sufridos, sí, pero no viles ni arrastrados” (Morales y Morales, 1963, Tomo 1, pp. 216-217).

Luego, con más moderación, en 1852, Saco propuso esta disyuntiva en La Cuestión de Cuba: “O España concede a Cuba derechos políticos, o Cuba se pierde para España” (Hernández, 2001, pp. xviii, xxvii). A pesar de sus comentarios negativos sobre España, un Saco más sereno todavía visitó Cuba en 1861 y aceptó de nuevo su elección para representar a Cuba en 1866 y en 1878, pero nunca pudo ejercer efectivamente este cargo⁹. Murió el 26 de septiembre de 1879¹⁰.

El fin de Tacón en Cuba

Apaciguada la rebelión de Lorenzo en el Departamento Orienta, el condecorado Tacón, con los títulos de vizconde de Bayamo y marqués de la Unión de Cuba, sucumbió, arrollado por la ola inmensa de panfletos y artículos publicados en Cádiz y Madrid por sus enemigos criollos y algunos peninsulares financiados con recursos de ricos hacendados. Tacón era pintado como un sanguinario tirano. Se le señalaba, además, de promover

9 Sin mencionar su fuente, Morales y Morales cita a Méndez y Pelayo para afirmar que no dejar sentar en las Cortes a los delegados de Cuba, luego de Fernando VII, “fue un torpe y funesto error del antiguo partido progresista” (Morales y Morales, 1963, Vol. I, p. 212).

10 Pérez de la Riva no sabe bien en qué jaula meter a Saco, pero acaba colocándolo en un pedestal. Le endilga estas lacras: haber vivido con la esposa de Narciso López todavía en vida de éste; le tacha de “incommovible reaccionario”, hombre de una “insensibilidad digna de los más ilustrados cavernícolas”, “sus cartas revelan un egoísmo y una estrechez de criterio que sobrecoge el ánimo”; tenía “aversión al negro”, “vivió a expensas de los hacendados y no supo comprender sus intereses”. Pero casi a la postre hace suyas las palabras de Moreno Fraginals reconociéndole: “Su antiguo criollismo, su fe cubanísima en nuestro destino, frente a la extranjería de afuera y de adentro, su sentido nacional, más allá de la venta del azúcar, siguen vigentes. Su vida entera fue este constante esgrimir de verdades cubanas frente a todos y por eso vivió perpetuamente solo. En su lucha ingente por hacer una nación de lo que otros estaban dispuestos a convertir en una plantación, su labor puede llamarse misionera en el más alto sentido de la palabra” (Manuel Moreno Fraginals, 1960, *José Antonio Saco, estudio y bibliografía*, Universidad Central de las Villas: Dirección de publicaciones, 76, citado por Pérez de la Riva, 1963, 333-335). Pero entre Tacón y Saco, Pérez de la Riva considera que “la víctima verdadera fue Tacón” (Ibid, 335). Si Saco era la mitad de lo malvado que lo pinta de Pérez de la Riva, resulta inexplicable que sus lúcidos amigos lo financiaran por más de cuatro décadas y, todavía más sorprendente, que el presbítero Varela le distinguiera con su amistad hasta su muerte en 1853.

las expresiones culturales de los negros, incluyendo las prácticas Abakuá y los ritos ñañigos. En La Habana y otras poblaciones, se escuchaban tambores, había comparsas y bailes con ritmos africanos en ocasiones especiales, como la festividad de los Reyes Magos.

Tacón también disgustó a la comunidad inglesa y sus intereses al expulsar de Cuba al ministro metodista George Davidson, a quien acusó de promover la causa abolicionista. Los ingleses y su financiamiento eran vitales para la corona española, envuelta en las guerras carlistas. Tal vez, por ese motivo, las autoridades en la metrópolis y Tacón en Cuba tuvieron que soportar que el pontón inglés Romney permaneciese anclado en el puerto de La Habana desde agosto de 1837 como depósito de los negros emancipados y así evitar que Tacón los usara en sus brigadas de trabajo o los vendiera a buen precio. El Romney gozaba de extraterritorialidad y permaneció en la bahía de La Habana hasta 1847. Los gastos de la tripulación los cubría España. El honor español fue así mancillado, y los soldados negros que custodiaban el viejo navío inglés espantaron a los negros de Cuba.

Tacón se mostró como imprudente y veleidoso al negarse a aceptar la representación diplomática de México, cuya independencia España había reconocido desde 1836. Tacón alegaba que “abiertos los puertos a los buques mejicanos [sic], se franquearían las vías para que Cuba se emancipe de España”. Y añadía que los mexicanos habían fomentado conspiraciones; regresarían muchos cubanos sediciosos que unirían fuerzas con los que ya vivían en la isla. En suma: “agravarían la situación en la que ya me encuentro”. Pero Tacón tuvo que aceptar los buques mexicanos, eso sí, luego de prevenir a las autoridades portuarias de los peligros. El 4 de mayo de 1837, España estipuló que los visitantes mexicanos que llegasen a los puertos cubanos no podían recorrer la isla (Pérez de la Riva, 1963, p. 83).

Su final fue acelerado en las mismas Cortes, donde Tacón fue denunciado el 9 de diciembre de 1837 en un discurso pronunciado por Alejandro Oliván, diputado por la provincia de Huesca. El grupo Aldama le financió y encargó lanzar “la ofensiva parlamentaria contra Tacón”. Basándose en la lectura de la correspondencia privada de José L. Alfonso, conservada en la Biblioteca Nacional, Pérez de la Riva afirmó que Oliván estaba pagado por Aldama y José L. Alfonso. El discurso de Oliván fue publicado en la prensa. Los argumentos de Oliván lograron persuadir al gobierno español de que Tacón carecía de la “prudencia” necesaria para gobernar Cuba. Oliván señalaba cuántos obstáculos tuvo que salvar para corregir la opinión que se tenían de Tacón, figura elogiada en el extranjero como hombre firme en tiempos de revoluciones.

Hacia el 1882 y 1883, J.G. del Castillo, en unos artículos de periódico, resumía así el discurso de Oliván: “Aquel jefe [Tacón] no es el capitán general de Cuba sino el general de un ejército de conquista y ocupación; no el gobernador del país, sino el jefe de un partido. Esto lo he visto yo, lo he visto después, precisamente de la creación de un ministerio especial [el de Ultramar] que ha dejado establecer en Cuba el régimen de los cementerios”¹¹.

En su alegría por la publicación de tan dañino discurso en la prensa, Saco exclamaba en una carta a José L. Alfonso: “A Oliván –si hubiera podido, le habría dado un abrazo; po. [pero] este abrazo habría sido mucho más apretado si no nos hubiese pedido tanto dinero–” (Pérez de la Riva, 1963, pp. 87-88).

Como solía hacer a veces en medio de la lluvia de ataques, Tacón hizo el teatro de presentar una vez más su renuncia, pero para sorpresa suya, esta vez le fue aceptada por el ministro Zarco del Valle, prudentemente comprado por el conde Villanueva.

Tacón fue suspendido de su cargo el 5 de enero de 1838. Esa comunicación tardó en llegar a Cuba. En La Habana se conocía el relevo de Tacón varias semanas antes de que llegase la notificación oficial el 15 de abril 1838. Hasta corrieron rumores de que Tacón rechazaría la remoción de su cargo, se alzaría con la guarnición de La Habana, se aliaría con la causa carlista para luego proclamarse virrey (Pérez de la Riva, 1963, p. 89).

Tacón, puntilloso en asuntos de etiqueta y entorchados, regresó a España condecorado como caballero de la insigne orden del Tison de Oro. Con anterioridad ya era de vizconde de Bayamo y, a partir de sus servicios durante la insurrección de Lorenzo, había sido nombrado marqués de la Unión de Cuba.

Más de 1,600 residentes de La Habana expresaron a la Reina su pesar en una sentida carta, lamentando la partida de su “ángel tutelar”. Relevantes sectores de la urbe habanera estaban de luto. El 22 de abril de 1838, a doce millas del puerto, los sectores prestantes de la sociedad, acercándose a la nave que le conducía a España, pusieron en sus manos este reconocimiento:

“Escmo Sor.: Llegó el momento de la separación y nuestras almas se hallan poseídas del dolor más profundo mezclado con la gratitud más tier-

11 J.G. del Castillo, *Datos históricos*, serie de artículos publicados en diciembre de 1882 y enero de 1883 en *El Triunfo de La Habana*, citado por Morales y Morales, 1963, Tomo I, p. 217, nota 1. Manuel Ovílo aseguraba que Tacón había metido en la cárcel a media Cuba, pero solo había matado a 24, de los cuales 7 eran cubanos.

na... Adiós nuestro querido General, en La Habana a donde regresamos, quedan memorias que nos harán recordar en todos los instantes de la vida el nombre ilustre y consolador del General Tacón” (Pérez de la Riva, 1963, p. 93).

A su regreso a España, Tacón publicó sus memorias. Pasó a ser marqués de Bayamo en 1849 y duque de la Unión de Cuba. Fue nombrado gobernador de las Islas Baleares y ocupó un escaño en el senado del Reino en 1852. Cual típico espécimen de exfuncionario público caribeño, terminó el resto de sus días en una imponente mansión construida en Mallorca con los dineros mal habidos en Cuba. Como si evaluase, resignado, a uno de nuestros gobernantes recientes en América Latina, Pérez de la Riva le reconoce que “se enriqueció en el poder, pero fue un buen administrador” (Pérez de la Riva, 1963, p. 93). Tacón falleció en 1855.

Pasando balance sobre Tacón

Luego de escribir su brillante estudio sobre Tacón, Pérez de la Riva era consciente de que su investigación sorprendería, irritaría o dejaría insatisfechos a muchos. Estaba seguro de haber presentado un Tacón de “rasgos simpáticos” a veces y otras “repulsivos” y concluye:

“No fue nunca cruel y a veces generoso. Se enriqueció en el poder, pero fue un buen administrador. El constructivo ordenador de sumideros y serenos, dejó indiscutiblemente una ciudad más ordenada y limpia y más obras públicas que ningún otro gobernador español. Fue un precursor de la publicidad política, nadie de su tiempo supo como él organizar la propaganda y mover a las masas populares. Estas actividades provocaron de parte de sus poderosos enemigos violentas réplicas y dieron origen a polémicas sin paralelo en nuestra historia. Su personalidad vigorosa y su carácter sectario lo convirtieron en el más temido, el más odiado y el más ensalzado de cuantos gobernantes nos mandó España. Tuvo Tacón para su tiempo un alto sentido de la igualdad humana; mas por razones de política, rechazó las cadenas de la esclavitud [creo que debió escribir: “no rechazó las cadenas de la esclavitud”]. Si no se hubiera enfrentado a los latifundistas criollos, la historia republicana lo hubiese celebrado como un nuevo Don Luis de las Casas, y no sería ‘el tirano sanguinario’ que campó con señor adusto en los manuales. Pero Tacón fue también representante intransigente de un españolismo trasnochado y, como tal, factor negativo en la formación de nuestra nacionalidad. A la luz del materialismo dialéctico su época surge plena de contradicciones, como la de una sociedad en movimiento que bajo el impacto del industrialismo y de una rápida con-

centración de capitales, agudiza las luchas de clases, multiplica las contradicciones y las supera, para volver a crearlas más formidables aún” (Pérez de la Riva, 1963, pp. 93-94).

La iniciativa personal de Tacón se reveló en sus múltiples y duraderas obras públicas, principalmente en La Habana, y en la relación que estableció con Trist, representante de unos Estados Unidos, por entonces no interesados en Cuba, puesto que rompería el precario equilibrio entre los esclavistas del sur y los industriales abolicionistas del norte. Pero La Florida siempre sería el índice del vecino americano que señala a Cuba.

Respecto de los ingleses, Tacón mantuvo, como en muchas otras de sus actividades, una doble conducta. En lo privado, protegió y se benefició del tráfico de africanos. En lo público, padeció con estoicismo varias humillaciones de Inglaterra, la más notable, la presencia del paquebote Romney, anclado en la Bahía de La Habana como depósito de emancipados para que el capitán general Tacón no pudiera ni venderlos, ni utilizarlos como mano de obra para sus construcciones. El ayacucho Tacón, con mal disimulada rabia por haber sido derrotado por los patriotas de América del Sur, se topó con otro “ayacucho”, el irlandés al servicio de Inglaterra, Richard Robert Madden, quien había sido superintendente de emancipados y juez de arbitraje en Jamaica. Si Tacón resentía la derrota en América del Sur, Madden, localizado en La Habana para los años 1835 y 1839, no olvidaría el haber sido derrotado por los antiguos dueños de esclavos. En tierra, Tacón se tuvo que resignar al ferrocarril cubano anterior al de Mataró en Barcelona. En la Bahía, el Romney no se movía, pero le revolvía las entrañas a Tacón.

Una lupa para observar a Tacón

Pérez de la Riva reconoce por los menos cuatro características comunes a muchos dictadores y tiranos de América Latina y hasta de otras partes del mundo: primera, ordenador de los espacios públicos; segunda, dado a la publicidad política y capaz de mover las masas populares; tercera, enfrentado con los sectores de poder; y finalmente, ensalzado por unos y temido y odiado por otros como tirano sanguinario. Ganamos en comprensión de Tacón si lo situamos en la geografía. Ella pareciera estática, pero va cobrando diversos significados a lo largo de la historia.

El primer factor histórico fue, es y será la geografía. Escribiendo el 7 de julio de 1834, Andrés Arango recordaba: “Allá [en España] no conocen esta isla, que en nada se parece a España”, el espíritu nacional de Cuba era distinto del de España, consecuencia de “nuestra situación geográ-

fica y nuestras condiciones topográficas” (Morales y Morales, 1963, Vol. I, p. 220). Cuba es una isla, el mar es horizonte, ventana, pared y barrote salado de celda dulce como jugo de caña. España mandaba en Cuba, pero todas sus órdenes tenían que cruzar los más de 7,000 kilómetros del Atlántico. Heredia lo recordará en el Himno del Desterrado (1825), “que no en vano entre Cuba y España tiende inmenso sus olas el mar”. Tacón estaba lejos de España, pero sus facultades omnímodas negaban la geografía y las distancias y le conferían más poder de discreción que al mismo rey de España y a las Cortes españolas. Cuba, en la década de 1830, crecía en una América que vivía su segunda década de independencia. En 1823, el delegado pbro. Félix Varela argumentaba en las Cortes: España ya había perdido su América colonial y sería lamentable que, habiendo sembrado en América durante más de tres siglos, ahora dejara que Inglaterra cosechara y quedara de amiga de las nuevas repúblicas. No le hicieron caso.

En tiempos de Tacón, Cuba, junto con Puerto Rico, era una colonia a la que se aferraba desesperadamente con uñas y dientes aquella España derrotada y deficitaria. Todo menos perder Cuba. Para ello, España inventará más tarde, a mitad de siglo, los cuerpos de voluntarios. En la guerra del 1895, construirá trochas, reconcentrará campesinos para hacinarlos en las ciudades, reclutará campesinos analfabetos españoles, querrá pelear “hasta el último soldado, hasta la última peseta”. Y en su postrera desesperación, concederá de mala gana la autonomía, tan mal recibida por los voluntarios, la cual ya había pedido Varela en 1822, cuando apenas se empezaba a conspirar, se podía hablar en las tertulias y acudían a las Cortes los españoles de ambos lados del Atlántico.

Los lentes cubanos con los que miramos la gestión de Miguel Tacón distorsionan su imagen, si se descuida el contexto caribeño en el que gobernó. Los comerciantes y dueños de plantaciones e ingenios lo veían como su “ángel tutelar” por los eventos y procesos que se desarrollaban en el Caribe. Un año antes de su llegada a Cuba, es decir, en 1833, Inglaterra acaba de liberar a sus esclavos. Los antiguos esclavos haitianos eran libres desde 1804, habían conquistado la República Dominicana desde 1822 y allá mandaron hasta 1844. Durante el mandato de Tacón, el 2 de marzo de 1836, Texas se separaba de México. También ese mismo año, España, presionada por Inglaterra, tenía que reconocer la independencia de México.

Una de las claves del gobierno de Tacón era aumentar, controlar a los esclavos y mantener a raya las iniciativas criollas de toda especie. Tacón se ajusta al modelo de caudillo clásico descrito en el famoso estudio de Jacques Lambert (1964).

El poder absoluto de Tacón dependía de las “facultades omnímodas”, y la fuerza de ellas se deduce de esta lógica: España funcionaba con mayores gastos que entradas. El presupuesto español se nivelaba con los avances de los bancos británicos, estos a su vez se cobraban con la venta de azúcares cubanos. Y todo este edificio descansaba sobre el trabajo esclavo y el tráfico ilegal de africanos organizado por los negreros, amigos y socios de Tacón. ¡He ahí el absoluto incuestionable de la sociedad que gobernó Miguel Tacón! Ni en Cuba, ni en España se podía discutir la esclavitud, ni denunciar el comercio ilegal de africanos, ni tampoco señalar la creciente superioridad numérica de negros y de mulatos.

Lo que no se podía discutir en Cuba era la perenne sujeción de la masa esclava, el tráfico ilegal de africanos y los barcos negreros. Este absoluto tropical e incuestionable le marcó a Cuba su ruta diferente al resto de América, poniendo de cabeza dos procesos históricos fundamentales. Primero, la esclavitud en Cuba explica, por qué, justo cuando la América hispana buscaba su independencia, Cuba se convertía en “la siempre fiel”. Y segundo, a partir de las facultades omnímodas, los delegados electos para representar Cuba inunca la representaron! Y cuando los liberales españoles, tan obsesionados por la igualdad ante la ley, elaboraron leyes, no se sometieron ellos y a los cubanos a las mismas leyes, sino que elaboraron “Leyes Especiales” para Cuba y así garantizar su desigualdad, a fin de que todo siguiera igual. La esclavitud y las rentas del azúcar eran tan importantes que ellas habían unido en un solo abrazo a los irreconciliables liberales y conservadores españoles (Portell Vilá 1969, Vol. I, p. 313).

El gobierno de Tacón solamente representó una etapa del trayecto de los afrocubanos en su larga marcha hacia los plenos derechos en una sociedad que todavía los discrimina. A grandes rasgos, el futuro de los afrocubanos, los africanos y su esclavitud se fue definiendo pasando por varias fases. Recuerdo algunas; primero, cuando una década más tarde, España infundió más terror en la masa esclava como en la “conspiración” de la escalera, 1844; luego cuando los hacendados instalaron maquinarias más eficientes, las jornadas de los esclavos fueron más largas y amargas; después vino su liberación por cubanos insurrectos como medida de guerra coherente con la búsqueda de la libertad, tal y como hizo Céspedes en 1868, ¿los mirarían entonces como compatriotas?; ocho años después del final de la guerra de los Diez Años, en 1886 se decretó la abolición de la esclavitud como medida humanitaria de la España que ya los había explotado cuanto pudo; luego vino el aclarando de Martí y Máximo Gómez en el *Manifiesto de Montecristi* del 25 de marzo de 1895 afirmando que la guerra tenía por base, no el odio racial, sino la “fusión sublime” de las razas, que de las “diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio”; la posición de los afrocubanos en la República cruzaría por la masacre de 3,000 de ellos

en apenas unos días, en la Pequeña Guerrita de mayo de 1912, y todavía se fortalecería en las nuevas síntesis y valientes reconocimientos, como aquellos aventurados en la poesía de Nicolás Guillén (1902-1989), en versos que se recitan y cantan, pero aún no se asimilan plenamente.

Al reloj de Tacón le daba cuerda España. Y esa fue una diferencia crucial con otros caudillos, tiranuelos y dictadores de América, por ejemplo, José Gaspar Rodríguez de Francia, dictador de Paraguay veintiséis años (1814-1840); o Juan Manuel Rosas, quien fuera gobernador de Buenos Aires desde 1829 hasta 1852, con un pequeño intermedio; o su Alteza serenísima, Antonio López de Santa Anna, pieza clave de la vida pública mexicana para los años de 1833 a 1855. Al lado de esos hombres fuertes, dueños de su espacio y de su tiempo, domadores de élites, los escasos cuatro años de Tacón en la isla de Cuba le devuelven a su estatura verdadera de funcionario. Dejó su marca indeleble en el espacio habanero, pero no pasaba de ser una ficha entorchada. Cuando a España le hizo falta, sacó de la escena cubana a Tacón, condecorándolo.

Tacón fue sustituido por Joaquín de Ezpeleta y Enrile. Dicen que mientras Tacón era trasladado a la Unión, la nave que le conduciría a España, sus amigos y parciales repetían esta copla que ya era popular en La Habana:

“El general Tacón,
Vale un doblón,
El general Ezpeleta
No vale una peseta”¹²

Referencias bibliográficas

Castillo, J. G. *Datos Históricos (1882-1883)*. Reproducción de sus artículos publicados en *El Tiempo* de La Habana durante esos años.

Hernández, J. M. (2000). *Política y militarismo en la independencia de Cuba, 1868 - 1933*. Madrid: Ediciones Colibrí. 1.^{era} edición, Texas Universtiy Press, 1993.

12 La copla fue recogida por David Turnbull, (1840) *Cuba; with notice of Porto [sic] Rico and the slave trade*. London: Longman, Brown, Green and Longman, p. 35. Citada por Pérez de la Riva, 1963, p. 93. En agosto de 1840, Lord Palmerston nombró a Turnbull (1794-1851), connotado abolicionista, cónsul en Cuba, de donde fue expulsado en 1842 y más tarde condenado *in absentia* como el principal instigador de la “conspiración” de La Escalera, de cuyo alcance, ramificaciones, implicados y delatores se discute hasta el día de hoy.

Hernández, J. M. (2001). *Papeles Políticos sobre Cuba* (selección). Estudio preliminar a SACO, José Antonio. Miami: Editorial Cubana.

Lambert, J. (1964). *América Latina, estructuras sociales e instituciones políticas*. Barcelona-Caracas: Ediciones Ariel.

Morales y Morales, V. (1963). *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana*. Vol. I. La Habana: Consejo Nacional de Cultura. “Bajalato de Don Miguel Tacón”, pp. 205-241. Narra en las páginas 11-12 cómo tuvo origen su investigación en tres volúmenes. Se origina en el número-álbum de *El Fígaro* consagrado a la revolución cubana, en febrero de 1899. Allí escribe el artículo “Precursores de la independencia de Cuba”. Se le aconseja hacer un libro sobre el asunto.

Olañeta, J. A. *Juicio de residencia del escelentísimo señor don Miguel Tacón, Vizconde de Bayamo y Marqués de la Unión de Cuba, Caballero de la insigne orden del Toison de oro, Teniente General de los Ejércitos nacionales, gobernador y capitán que fué de la isla de Cuba, ó sea, Coleccion de varios escritos presentados por su apoderado y defensor don José Antonio de Olañeta,*

Pérez de La Riva, J. (1963). *Correspondencia reservada del capitán general Don Miguel Tacón con el gobierno de Madrid 1854-1836. El general Tacón y su época, 1834-1838*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Colección Cubana.

Portell Vilá, H. (1969). *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. Vol. I (1512 - 1853). Miami: Mnemosyne Publishing Inc. El capítulo clave es el VI, “La gravitación política”, en especial páginas 293-321.

Saco, J. A. (2001). *Papeles políticos sobre Cuba* (selección). Ed. Hernández, J. M. Miami: Editorial Cubana.

Silverio Sainz, N. (1973). *Tres Vidas Paralelas. F. de Arango y Parreño. Félix Varela, José A. Saco. (Origen de la nacionalidad cubana)*. Miami: Ediciones Universal.

Thomas, H. (1971). *Cuba. The Pursuit of Freedom*. New York, Evanston, San Francisco, London: Harper and Row Publishers.

Vilar, M. J. (septiembre, 2000). Un cartagenero para Ultramar: Miguel Tacón y el modelo autoritario de la transición del Antiguo Régimen al Liberalismo en Cuba (1834-1838). *Anales de Historia Contemporánea*, No. 16, 239-278.